

la LIBERTAD en VIRGILIO

por Rubén
Bonifaz Nuño

Decía el derecho romano, recogiendo una tradición de siglos: "Pues hay tres cosas que tenemos: la libertad, la ciudad, la familia."

Los derechos derivados de esa triple tenencia se consideraban absolutos; existían frente a todos los hombres, y debían ser respetados por todos.

Por otra parte, los jurisconsultos de Roma enseñan que la esclavitud es contraria al derecho natural, de acuerdo con el cual todo hombre es libre y constituye una persona.

Así pues, según la tradición romana, la libertad es un bien que el hombre disfruta por el solo hecho de ser hombre. La misma libertad lo convierte en un ser autónomo, con capacidad para hacer cuanto le plazca, fuera de lo que prohíban la ley o la fuerza.

En los días donde Virgilio se formó culturalmente, recibía Roma, de las doctrinas filosóficas epicúreas, un influjo de vasta significación. Tal filosofía, en su parte medular, afirma que la felicidad es el fin supremo de la vida, y que la felicidad puede alcanzarse mediante la confiada creencia en cuatro principios fundamentales: los dioses no son temibles, la muerte no encierra riesgo alguno para el hombre, el bien es fácil de conseguir y, con valor, el mal puede soportarse fácilmente.

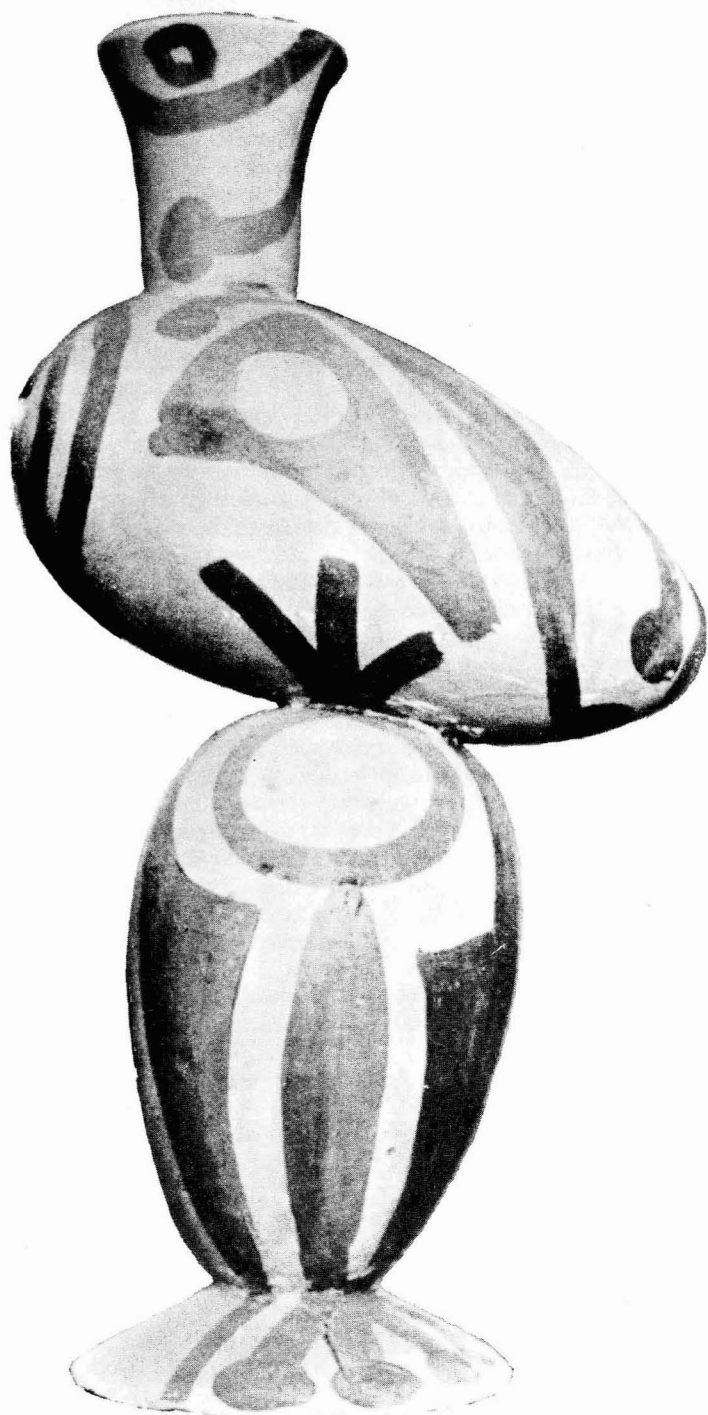
A salvo de temores y cumpliendo sus deseos elementales, el hombre es libre, y, al ser libre, es feliz.

Ahora bien: es comprensible y claro cómo la filosofía de Epicuro, al encontrarse con la tradición del pensamiento romano que colocaba la libertad sobre todas las cosas, como un ideal necesario a la plenitud de la vida, viene a coincidir con ella en el espinazo esencial. La vida sólo se justifica por la felicidad que tiene por fin, en el hombre concreto, y la felicidad se identifica con la libertad. Sólo es verdaderamente deseable pues, en la vida, el hecho que conduzca a la libertad, a la única salud del alma.

Principalmente a la luz de estas ideas acerca de la libertad, derivadas de ideas filosóficas epicúreas asimiladas a la tradición romana, trataré de acercarme ahora a las *Bucólicas* de Virgilio,* buscando en ellas alguna explicación para ciertas actitudes del poeta ante su propia alma y los hechos de su vida, y frente al mundo.

No ignoro, por lo demás, las otras tendencias culturales que pudieron determinar a Virgilio cuando escribía estos poemas. Pero intencionalmente me aparto aquí de su análisis. No quiero rebatir a nadie, sino solamente intentar una explicación bastante a poner una pequeña luz en algún lugar que pareciera estar en penumbras.

Así pues, el hombre busca la libertad, y se encuentra con el muro que le tienden en torno el deseo y el miedo. El deseo, porque no puede cumplirse plenamente, ya que lo que alcanza deja de ser deseable, al no ser ya lo que se deseaba, y el temor, porque destruye la paz del alma. Salvado del temor y el deseo, el hombre es libre. Por lo tanto, para ser feliz ha de



* Virgilio, *Bucólicas*. Introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño. UNAM, 1967. (Fragmento de la Introducción.)



lograr primero la libertad por medio de la independencia moral. Pero el hombre, haya nacido libre o no, está sujeto por cadenas que puedan nacerle de sí mismo, o venirle de las circunstancias exteriores. Las primeras pueden ser, por ejemplo, las que originan el amor o la ambición; crea las segundas la injusticia de los hombres que tienen el poder de ejercerla.

Y resulta extraño, desde este punto de vista, el hecho de que muchos autores inlustres opinen, fundándose en la famosísima expresión de la Égloga X: "Todo lo vence Amor", que el amor constituye el sujeto central de las *Bucólicas*.

En efecto, sólo en un sentido negativo podría admitirse tal opinión: en las *Bucólicas* el amor es lo que no debe ser.

Al examinar cuidadosamente las partes de dichos poemas en que se hace referencia al amor, se encuentra uno de manera insistente con que éste es visto por Virgilio no como algo deseable o bueno de por sí, sino, muy por el contrario, como un peligro a que está expuesto, y del cual muchas veces no puede salvarse, lo que de más precioso hay en los seres humanos.

Además de las afirmaciones que en este sentido contienen las Églogas II, VII y X, que son las que más completamente tratan del tema amoroso, hay muchas otras que se pueden espiar, incluso en el texto de las demás. Procuraré probarlo con algunos ejemplos:

Dice Títo en la Égloga I: "Porque —he de confesarlo, pues— mientras Galatea me tuvo, ni esperanza de libertad había, ni afán de peculio." Y, en la misma Égloga, Melibeo: "Me admiraba, Amarilis, que afligida a los dioses llamas; por quién dejabas que en su árbol pendieran las frutas: Títo estaba ausente de aquí... Y la Égloga II no es más que la reiteración desesperada de la misma queja: "Harás, por fin, que yo muera", y "Ah, Coridón, Coridón, qué demencia te ha poseído", y "...el amor me abrasa. Pues al amor, ¿qué término habría?" "¿Qué quise para mí, desdichado?", y como casi única puerta de esperanza se propone, para defenderse de las potencias destructoras del amor, el sentido del trabajo cotidiano ejercido sobre el mundo natural, para recrearlo y convertirlo en algo propio: "¿Por qué, antes bien, no dispones tejer con mimbres y junco flexible, una cosa a lo menos de las que el uso requiere?"

Y en la Égloga III, aparte de varias otras, resalta esta afirmación que compendia el sentido de todas: "El mismo amor es ruina al rebaño y al mayoral del rebaño."

Las Églogas IV y V, por ocuparse de modo predominante en otros temas, no dan ejemplos para esclarecer el sentido que Virgilio da al amor, como origen de situaciones ruinosas; pero en la VI los volvemos a hallar cuando se refiere la historia de la pasión monstruosa de Pasifae, "afortunada si no hubiera habido boyadas", a quien se dice: "Ah virgen infeliz, qué demencia te ha poseído", repitiendo la exclamación, ya transcrita, que relumbra en la Égloga II.

Como afirmé más arriba, toda la VIII podría ejemplificar

y probar lo que aquí vengo afirmando. Pero escogeré únicamente algunos fragmentos de ella que lo demuestren:

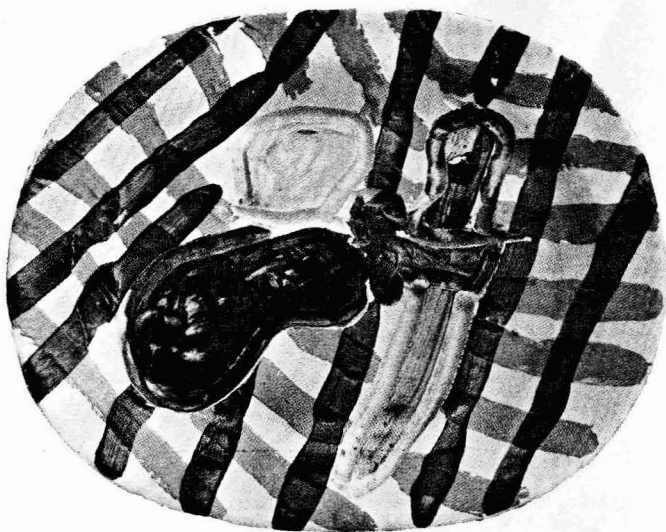
"Hoy sé lo que amor sea. Entre sus duros peñascos el Etmario o el Ródope o los Garamantes extremos engendran a aquel niño, no de nuestra especie ni sangre", canta Damón antes de darse muerte, y en la respuesta de Alfesibeo se oye: [*Ha conjuros*] "para que turbar con ritos mágicos los sanos sentidos de mi amante procure."

Y llegamos después a la Égloga X, que ha dado base al pensamiento de que las *Bucólicas* están escritas bajo el signo del amor, y de que una "apoteosis del amor" se encuentra en ella misma.

Habla Virgilio de un "indigno amor" que hacía perecer a su amigo Galo. La naturaleza misma, las bestias, los pastores, se condolecen del sufrimiento que lo oprime. Y vienen los dioses mismos, y Pan, dios de la Arcadia, aquel de quien se afirma del amor, esto es, que "cura de ovejas y mayores de ovejas"; Pan, "¿habrá algún término? —dice—; amor de tales cosas no cuida; ni el cruel amor de lágrimas, ni se hartan las gramas de ríos, ni de citiso las abejas, ni las cabritas de fronda". Y Galo contesta: "Como si esto fuera de nuestra pasión el remedio, o ese dios aprendiera a ablandarse del mal de los hombres." Y finaliza con la expresión tan referida: "Todo lo vence Amor, y a Amor cedamos nosotros."

Y entonces, ¿es posible o lícito afirmar que esto es una apoteosis del amor? ¿No, más bien, se trata de la mera aceptación de un hecho no querido que se impone por la fuerza, violando lo más precioso de la vida humana? "Todo lo vence Amor" no es más que la expresión de un hecho, y no la postulación de una norma de contenido moral; es nada más que la admisión, a medias resignada, de algo negativo, dañino y pernicioso: el amor demencia, el amor placer que arrebató, el amor que tuerce los rectos sentidos del espíritu, el amor que coarta y encierra y sujeta e impide el desarrollo armonioso de las potencias del hombre; el amor concupiscente, en fin, opuesto al ideal de libertad que profesaba el epicureísmo.

Otra de las pasiones por las que el ser humano es susceptible de quedar encadenado, es la ambición. Tema recurrente en toda la poesía latina. La ambición somete al alma al poder





adverso de las circunstancias; al convertirla en víctima de la avidez de riquezas o fama, la hace depender de los hombres, la esclaviza, porque el principio de la libertad se encuentra exclusivamente en el interior del hombre, y el hombre íntegro, de la necesidad y de la fortuna; la rinde, y, desde ese momento, para ser libre, sólo de sí mismo tiene necesidad.

Si nos aproximamos ahora a la *Égloga IV*, nos hallaremos frente a lo que sigue: en medio de la descripción de un mundo natural que se encamina paulatinamente hacia su perfeccionamiento, de una tierra que primero produce, sin cultivo, hierbas y plantas floridas; donde los rebaños darán de suyo la leche y no sentirán temor de los leones; en donde morirán las serpientes y las hierbas venenosas; en medio de la descripción de una tierra que, después, se dorará de espigas y se enrojecerá de racimos, el poeta afirma que surgirán algunos hechos, vestigios del antiguo crimen, los cuales estorbarán el paso del mundo apaciguado y a punto de quedar libertado del mal.

Entonces los hombres querrán desafiar nuevamente el mar con sus naves, y ceñirán las ciudades con muros, y usarán arados labradores, y navegarán en seguimiento del vellocino de oro, y harán nuevas guerras, y otra vez enviarán a Aquiles a Troya. Guerras y navegaciones y trabajos y sangre, justificados solamente por el deseo congojoso de poseer bienes materiales: el poder, las riquezas, la fama. Y este deseo se presenta como un obstáculo que se opone al desarrollo tranquilo de la vida verdaderamente humana, en acuerdo con la naturaleza; esto es, como un obstáculo al ejercicio de la verdadera libertad.

Pero Virgilio, que sabe concordar el sentido romano tradicional y la nueva filosofía helénica, formando una unidad coherente y sistemática que lo mantiene a salvo de inconsecuencias internas, ofrece en seguida la solución a los problemas que la ambición plantea. Al efecto, propone la sola presencia de la madurez espiritual del hombre. Ésta, al coincidir en sí misma con la perfección de la naturaleza, se perfeccionará también, y no la perturbará más, ni será ya perturbada:

“De aquí, cuando la firme edad varón te haya hecho, el pasajero mismo dejará el mar, y el náutico pino no mudará mercancías; dará todo la tierra.” Entonces la tierra no sufrirá rastros, ni yugos el toro, ni hoces la viña, y la lana de los carneros tomará espontáneamente los colores del azafrán y la púrpura. Y el hombre vivirá de acuerdo con esta naturaleza en una actitud de servicio que es perfecta libertad, porque la madurez viril, al traer consigo la paz interior, será suficiente a suprimir los vestigios del antiguo crimen, y hará que el hombre sea capaz de enseñorearse de la naturaleza, al conocerla, y, conociéndola y asimilándola, hacerla suya definitivamente.

El mismo contraste entre la serenidad natural y el desorden de las pasiones, la turbación que éstas extienden por el mundo, se manifiesta a lo largo de la *Égloga VI*.

En dos partes está dividido el canto de Sileno, la primera

de las cuales se refiere a la creación del mundo, y la segunda al contenido de una serie de narraciones mitológicas en que la pasión, de una o de otra manera, arrastra a los seres por caminos de destrucción y acabamiento.

En la primera, siguiendo las doctrinas de Epicuro al través de la poesía de Lucrecio, se cuenta el ordenado y solemne curso de la creación: desde la unión, en el vacío, de las semillas de los cuatro elementos, hasta la formación de los animales que vagan por montes todavía desconocidos y que los desconocen. La consolidación de la tierra en formas diversas, el apartamiento del mar, la caída de las primeras lluvias, y el nuevo nacer de las selvas.

La segunda condensa y simboliza, por medio de una serie de mitos diferentes, algunas de las pasiones que, también en concordancia con las doctrinas epicúreas, frenan, a partir del momento en que el hombre vino a salir sobre la tierra, el ejercicio de su propia libertad y la consecución de su dicha: el amor, el orgullo, la ambición, el deseo sensual, la envidia, la crueldad, los celos; pasiones todas ellas que ocuparon el mundo de los hombres tras los siglos dorados del reinado de Saturno. Y se suceden allí las agitadas y confusas historias de Hilas y Pasífae, y las hijas de Preto, y Atalanta, y la desgracia de Faetón y sus hermanas, y la de Niso y Escila, y el castigo de Procne y Tereo. Y la contraposición evidente de este remolino oscuro del alma y la serenidad emancipadora de la naturaleza, se resuelve con un llamado al descanso, después del trabajo pastoril, cuando los rebaños se encierran y sube la estrella de la tarde.

¿Cuál es, entonces, el sentimiento que dirige la creación de las *Bucólicas*, y les da un sentido de poema unitario?

Si se vuelve, desde el punto en que estamos, a la lectura de la *Égloga I*, que en cierta forma reúne el sentido de todas, será posible acaso encontrar una respuesta.

Cuando se le preguntan a Tí tiro los motivos que lo llevaron a conocer a Roma, Tí tiro contesta: “La libertad.” Y me parece que esta sola palabra es bastante a abrir la puerta a una comprensión más cabal o más exacta. Porque, efectivamente, el sentimiento de la libertad constituye, a lo menos así lo creo, el esqueleto orgánico de las *Bucólicas*.

Es necesario pensar que el espíritu de Virgilio, expuesto al choque de las circunstancias de toda índole que lo tocaban y lo herían, tuvo que reaccionar y conmoverse desde el fondo por los acontecimientos que se desenvolvían frente a sus ojos. Virgilio ha sufrido los trastornos sociales de su época, y ese sufrimiento lo inclina hacia los demás seres humanos. De este modo advierte al hombre, poseedor precario de una libertad combatida por cadenas internas y externas.

Hablé ya de las primeras; examinaré ahora, siquiera sea de modo somero, las últimas, y, con esa finalidad, iré a las dos *Églogas* que más obviamente se refieren a situaciones reales e inmediatas de contenido político y social: la *I* y la *IX*.



Casi siempre se solía ver, en la *Égloga I*, a Títiro como una imagen feliz del Virgilio restaurado en el disfrute de sus tierras mantuanas. Inclusive se ha llamado a Virgilio poeta cortesano, por lo que Títiro dice al hablar del dios que le hizo sus ocios.

Pero últimamente ya muchos han advertido que Melibeo habla más como Virgilio, que Títiro; que de la boca de Melibeo nacen las palabras cargadas del sentimiento virgiliano frente a la injusticia sufrida; que el paisaje virgiliano es precisamente el amado por Melibeo.

Y Melibeo, alma presente de Virgilio, era el símbolo de todos los campesinos romanos, pequeños propietarios despojados de su medio vital por las necesidades arbitrarias de Octavio. Y no se trata únicamente de la pérdida de bienes materiales, sino del ataque, implícito en esa pérdida, a los valores internos de tranquilidad y seguridad moral.

Y visto bajo esta luz, Virgilio no es cortesano, sino alguien que critica ardientemente la injusticia de la organización social. Porque la granja recobrada por Títiro no era más que una isla minúscula en paz, en medio del agitado dolor de un Melibeo innumerable y sufriente, arrancado de sus raíces, lanzado al dolor de no poder vivir en libertad.

Hay aquí la exposición de un destino individual feliz, enfrentado a un amargo destino colectivo, y es este último el más importante para el poeta. En la *Égloga I* se expresa gratitud a quien determina el primero, y se condena sin remisión a quien provoca el segundo.

“¿Un soldado impío tendrá estos tan cultivados barbechos? ¿Un bárbaro estas mieses? ¡Ay! ¡Dónde la discordia a los míseros ciudadanos condujo! ¡Para éstos sembramos las tierras!” Tales exclamaciones desesperadas y dolidas brotaban entonces de la garganta de los itálicos víctimas de la expropiación, y ellos eran la gente de Virgilio, y ellos eran Virgilio mismo.

Pero ¿qué cosa tenía Títiro, de qué había sido despojado Melibeo? De un “aquí” en el espacio y el tiempo, seguro y tranquilo, a salvo de las pasiones. (Recuerda uno a Fray Luis: “Libre de amor, de celo, de odio, de esperanzas, de recelo.”) Unos cuantos metros de terreno pedregoso, susceptible de empantanarse por la vecindad del río; unos cuantos animales, unas abejas paciando en un seto florido. Pobre alimento de castañas, frutas y queso. Pero, y no sucede por casualidad, en esta *Égloga* se repiten los adverbios que indican “este lugar”: aquí, aquí, acá. Este sitio es el mundo presente, el instante que nos pertenece; es la felicidad, porque aquí podemos ser libres. Fuera de aquí todo se nos vuelve incertidumbre y sombra y vacío, en el remolino de la turbación que agita dondequiera los campos. Aquí da a luz la cabra. Títiro estaba ausente de *aquí*, *aquí* vi a aquel joven, *aquí* me dio la respuesta, *aquí* tomarás la opaca fresca, descansarás *aquí*, *aquí* cantará el podador. Y nosotros, *de aquí*, iremos al áspero destierro.

Destierro exterior, porque las tierras se les quitaban a sus cultivadores; destierro interior, porque los hombres perdían la

posibilidad de vivir en paz dentro de sí mismos, al ver violada brutalmente su íntima facultad de elección, al ser sacrificada ésta a la voluntad irresistible del poderío militar y político.

El sentido crítico resalta con evidencia; evidente resulta también la solidaridad del poeta con los despojados. Tal sentido y tal solidaridad son el fruto del ejercicio de una vida espiritual abierta y vigilante, que consideraba profundamente los acontecimientos contemporáneos, y reflexionaba de modo incesante sobre el curso del desarrollo histórico.

De manera que si es posible poner en duda, como se pone a menudo desde hace algún tiempo, que los bienes de Virgilio hayan sido afectados directamente por las expropiaciones realizadas en Mantua y Cremona para favorecer a los soldados desmovilizados, cosa que tradicionalmente se había siempre admitido, es imposible, por el contrario, dudar de que tales hechos, al afectar el mundo social en que vivía, golpearon y movieron su existencia espiritual y el modo de considerarla, y agudizaron su necesidad de participación en la vida histórica y en sus necesidades incontestables y amarguísimas.

Y después, la impotencia del canto que no salva, porque es insuficiente para vencer las fuerzas externas; la ineficacia de la vida espiritual frente a la organización brutal de las armas. Y dice Meris en la *Égloga IX*: “Nuestros cármes valen tanto junto a las armas de Marte, cuanto dicen que las palomas Caonias cuando el águila viene.” Y dice: “Vivos llegamos a que un poseedor extranjero de nuestra pequeña heredad (lo que nunca temimos) dijera: ‘Esto es mío; emigrad, antiguos.’” Y luego el abandono de las tierras de Mantua, “¡ay!, demasiado a la mísera Cremona vecina.”

En resolución, la independencia moral del hombre debe ser defendida de las pasiones y de la injusticia, provenga ésta de la guerra o de cualquier otro origen. Conseguida la independencia moral —la libertad—, se habrá alcanzado la dicha. Pero la dicha difícilmente se logra en la soledad. Hace falta esa suerte de perfecta sociedad que se propicia y se crea por la identificación en fines comunes por la cual se caracteriza la amistad. Y a la amistad se refieren las *Églogas III, V y VII*.

En la *III*, después de la discordia superficial e intrascendente que surge entre los pastores Menalcas y Dametas, aparece el canto como lazo de unión y vínculo interior que, por ser co-





mún, es capaz de ligar entre sí a los hombres. Incluso antes que el canto comience, ya la naturaleza apaciguante, móvil y detenida en el momento presente, fomenta el entendimiento mutuo de las criaturas humanas: "Decid —propone Palemón—, ya que nos sentamos en la hierba flexible, y *ahora* todo campo, pare todo árbol *ahora*; *ahora* dan hojas las selvas, *ahora* es hermosísimo el año." El canto placentero liberta, porque proporciona un interés común; la contemplación desinteresada que, al ser gozada por varios hombres ante el mismo objeto y simultáneamente, engendra la amistad.

Y tal vez sea más clara aún esta situación en la Égloga VII, porque en ella el poeta se muestra más explícito: Coridón y Tirsis juntan sus rebaños y se entregan, amistosamente desde el principio, al placer del canto. Melibeo, que pasa por allí cerca, es invitado a descansar a la sombra para escucharlos. Vuelve a presentarse la naturaleza en paz —y ya vimos que la paz de la naturaleza es un signo de liberación— como aureola favorable a la unión apacible de los hombres. Hay silencio de agua y susurro de abejas. Y Melibeo —¿qué otra cosa podía hacer?— abandona el trabajo —sus cosas serias— para tomar parte en el juego de Tirsis y Coridón, porque sabe que ese juego es más serio que su propio trabajo: es el juego realísimo y necesario de la relación amistosa, de la fundación de las relaciones humanas, de la fraternidad. Y cantan los pastores, y recuerdan y olvidan sus amores y sus necesidades, y las maneras del variable mundo natural que habitan y que los habita.

El comienzo de la Égloga V hace intervenir un nuevo elemento en la amistad: la relación entre el más viejo y el más joven, que podría equipararse a la sociedad ideal existente entre el maestro y el discípulo, unidos en este caso, además de por la mutua amistad, por aquella que los unió a un tercer amigo a quien recuerdan. "A Dafnis en los astros pondremos. Nos amó, también, Dafnis", dice Menalcas tras elogiar el canto de Mopso. Pues la amistad es también una fuerza capaz de sostener un esfuerzo común, y este esfuerzo debe estar dirigido hacia el conocimiento y la sabiduría, raíces fundamentales de la liberación moral.

Y acaso fuera conveniente ahora, para terminar, preguntar cuál es el sentido que Virgilio da a la edad de oro; de dónde proviene su deseo de ella, qué es, en última consumación, lo que por ella entiende.

Leímos en la Égloga III: "El mismo amor es ruina al rebaño y al mayoral del rebaño." Y en la II, en contraposición profunda: "Cura Pan de ovejas y mayorales de ovejas." Es decir que mientras el amor destruye, Pan —la naturaleza simbolizada por él— cuida y protege.

La naturaleza representa el sumo bien en tanto que se identifica con el señorío del ser humano sobre sí mismo. Recuerdese que la llegada a la edad viril coincide con el advenimiento de la perfección de la naturaleza. Esto es: el hombre hace suyo el mundo natural, lo identifica consigo mismo, como en una

culminación o un cumplimiento, y con la naturaleza se hace íntegro y libre.

La edad de oro viene a ser, entonces, el símbolo máximo de la libertad. Durante ella es creado un mundo en que el hombre, dueño de una naturaleza dócil y servicial, adquiere mediante ella el dominio de sí mismo, y con éste la sabiduría, la templanza y la paz.

No se trata, pues, con el deseo de la edad de oro, de buscar un retorno al pasado, sino de conseguir la certeza humana de un futuro en que el hombre, reconciliado, habrá de ser libre por dueño de sí mismo.

Parece cosa probada que, en el año 39 a J. C., Virgilio había pensado reunir en un conjunto armonioso las nueve *Églogas* que hasta entonces había escrito, y que la X, escrita posteriormente, es una suerte de adiós al género bucólico, al mismo tiempo que un homenaje de amistad a Galo, víctima a la sazón de un amor desgraciado. En esta Égloga a la vez que se hace una defensa del género bucólico ante el elegíaco, se sintetiza la expresión del contraste entre la libertad, representada por la amistad y la naturaleza, y la esclavitud a que el hombre es sometido por la pesadumbre de la pasión amorosa y la barbarie de la guerra. Por estas razones pudo ser añadida al conjunto original, al que en muchos aspectos cierra y concluye.

Pero, en realidad, las nueve *Églogas* anteriores, en el orden en que las conocemos, constituyen una unidad orgánica, donde los diversos factores intelectuales y emotivos se balancean de manera calculada.

Como lo hemos visto, la libertad es atacada por circunstancias exteriores, la guerra o la injusticia; e interiores, las pasiones, principalmente el amor o la ambición. La libertad y la naturaleza se complementan en cierta forma y son combatidas por los mismos enemigos. Por último, la amistad es una forma levantada de la libertad, y coadyuva primordialmente a la consecución de la dicha de los hombres, cuando éstos hacen comunes sus esfuerzos hacia una meta superior.

Pues bien, las nueve *Églogas* de la colección original, yendo de la periferia al centro, siguen paso a paso, en su ordenamiento general, esa serie de ideas y ese planteamiento de problemas. Y la I y la IX se refieren al padecimiento de la injusticia, simbolizada por la confiscación territorial que siguió a la victoria de Filipos; la II y la VIII recogen los sufrimientos ocasionados al ser humano por el amor, en tanto que la IV y la VI contraponen la esperada perfección de la naturaleza y el desorden creado por el ciego e irracional impulso de las pasiones humanas. Finalmente la III y la VII proponen el sentimiento amistoso como una solución libertadora, y este mismo sentimiento encuentra su cumbre conceptual en la V, pieza central del conjunto. De tal modo que el ciclo se cierra en su centro, y el poema de la libertad se afirma y se cumple.